

INTRODUCCIÓN

Incluso sabiendo que hay lazos y relaciones innegables que unen a un individuo a su familia, a la sociedad, a la cultura de la que forma parte y a la especie biológica a la que pertenece, se sigue relacionando, en general, cualquier problema únicamente con la persona que lo sufre, como si estos problemas pertenecieran solamente a un ente autónomo y como si la persona estuviera aislada de todo lo demás.

La insatisfacción, la imposibilidad de establecer buenas relaciones, las dificultades laborales, los problemas de pareja, la depresión, las enfermedades físicas, todo se trata por separado, como problema particular y específico del individuo, de su vida y biografía, a pesar de que este proviene de una familia y pertenece a una cultura, a una sociedad, a una especie biológica. Existe una relación estrecha e inequívoca entre todas estas entidades, una relación sistémica que determina a cada una de ellas y, por lo tanto, también la vida de sus miembros. Por consiguiente, todos los problemas que pueden afectar a estos son

necesariamente el resultado de esta relación sistémica entre biografía, especie y familia.

Esta relación —como sucede precisamente con la psique individual— es más inconsciente que consciente, pero llevarla al nivel de la conciencia es indispensable para salir del círculo vicioso del malestar y de la propia enfermedad física: como decía Jung, todo lo que no emerge al nivel de la conciencia se transforma en destino.

La comprensión y la resolución de cualquier problema comportan siempre esta labor de naturaleza sistémica, que implica a la persona portadora y a su familia de origen, el contexto sociocultural en el que vivieron sus progenitores y la especie biológica de la que forma parte.

La manifestación individual o «síntoma» —donde también se ubica la enfermedad— se configura como una resultante biológica y antropológica al mismo tiempo, y las dificultades que se encuentran durante el transcurso de la propia aventura biográfica son inducidas por el recorrido evolutivo —familiar y biológico, además de personal— que se ha producido.

Todos nacemos con un bagaje muy consistente de comportamientos, capacidades, organizaciones, especializaciones y propensiones, y esto es cierto tanto en el plano biológico como en el psicológico.

Esta información nos la suministran la especie biológica a la que pertenecemos y la familia de la que provenimos: la evolución de la especie nos proporciona las mejores respuestas con relación a su adaptación al entorno, dotándonos así de diversos tipos de células, de un complejo sistema nervioso, de un aparato reproductor y digestivo, de una red inmunitaria, de un sistema endocrino altamente especializado, etc. A su vez, la familia nos facilita las mejores respuestas que ha logrado producir ante los problemas que han surgido a lo largo de las generaciones que nos han precedido. Se trata de un bagaje complejo y en

cierto modo maravilloso, de una herencia que llevamos siempre a la espalda, una especie de impronta psíquica y biológica que forma parte de nosotros a nivel esencial.

Desde este punto de vista, toda manifestación individual se configura como la mejor respuesta que logramos dar a los requerimientos del entorno en el que vivimos, una respuesta que es el fruto de una interacción entre nuestra contribución individual y la mejor respuesta que la especie y nuestra familia han dado a problemas similares.

Se trata de verdaderos «programas especiales» —en su mayor parte inconscientes— que se activan para resolver los desequilibrios que generamos o se generan a lo largo de la vida, la nuestra y la de nuestros padres, abuelos, bisabuelos, etc., llegando a ciertos niveles (biológicos) incluso a nuestros antepasados ancestrales.

Decir que una enfermedad o un malestar son la mejor respuesta que una persona —como resultado de una familia o de una especie— da a las dificultades con las que se encuentra en la vida no es de inmediata ni de fácil comprensión. Parece más bien una contradicción, una paradoja: de hecho, la enfermedad nos hace sentir mal, y a menudo nos conduce a la muerte.

No obstante, es precisamente en esta especie de tendencia diagnóstica en la que se basan todos los nuevos y más interesantes avances de la medicina y del psicoanálisis, en línea con lo que sucede en las llamadas ciencias «exactas» y, más generalmente, con el cambio radical de la propia concepción de la realidad y del conocimiento, con el «salto de paradigma» propio de la epistemología contemporánea.

La Nueva Medicina de R. G. Hamer y la psicogenealogía o psicoanálisis transgeneracional (que en Europa tiene su principal exponente en A. A. Schützenberger) constituyen la complejización de dos ámbitos disciplinarios aún hoy en día muy susceptibles al cambio, firmemente anclados a una visión del ser

humano propia del siglo XIX: una psique que sondear —el bagaje de experiencias inconscientes del niño de cero a tres años para el psicoanálisis y la psicología—, un amasijo mecánico-electrónico-químico de células que cortar, unir y pegar para la medicina.

Esta imagen del ser humano —y, por consiguiente, de la realidad y del propio conocimiento— apareció a principios del siglo XX, gracias al enorme giro producido por la teoría de la relatividad de Einstein. La teoría de los sistemas (promulgada a mediados del siglo pasado) fue totalmente descartada y sustituida por los principios de la autorreferencia y de la autoorganización de sistemas vivos, que hacen compleja (y no complican) la vida y sus problemas.

Por otra parte, es cierto que la medicina, el psicoanálisis y la psicología de corte clásico, sintomatológico, seguían y siguen encontrando obstáculos demasiado grandes en su recorrido terapéutico. Simplemente ya no funcionan, los fracasos son mayores que los éxitos y los enfermos siguen estando enfermos, o incluso mueren. Por lo tanto, era inevitable que también estas disciplinas alcanzaran una visión un poco más compleja del «paciente», una visión que lograra darse cuenta finalmente de la amplia red de relaciones de la que forma parte, de la que nace y de la que es portador.

Reconectarnos con la existencia en todos sus planos —biológico, familiar, individual y relacional—, reinsertarnos en el gran camino de la vida, es necesario tanto a nivel de psique como corporal: si el sentido de la vida está representado metafóricamente y concretamente por la sangre, los lazos de sangre determinan en gran parte la salud, la salud de la sangre.

La Nueva Medicina y la psicogenealogía constituyen las nuevas fronteras de la medicina y de la terapia psicológica. Buena parte de este libro está dedicada a su especificidad y, sobre todo, a su fusión en un recorrido unitario, algo que ya de por sí constituye una novedad.

Uno de los problemas más graves que residen en la base de los límites de cualquier disciplina es la especialización estricta, la especialización que hasta ahora ha caracterizado a toda la ciencia, especialmente a la medicina y el psicoanálisis.

Resulta paradójico que hoy en día aún exista un «médico del alma» (el psicoanalista o psicoterapeuta) que sabe poco o nada de biología, química y anatomía, y un médico «en sentido estricto» que no solo no sabe nada de psique sino que incluso la rehúye. Pero la ley de la especialización también rige dentro de los propios ámbitos específicos: el oculista no tiene nada que ver con el ortopédico, el endocrino con el neurofisiólogo, el freudiano con el gestaltiano, etc. Y para todos es válida la regla de la no injerencia recíproca y del reduccionismo categórico: tenemos un problema en la tibia o en la pierna y no una disfunción paratiroidea, o viceversa; padecemos ansiedad y no un trastorno hormonal, o viceversa; sufrimos de leucemia y no de depresión, o viceversa. Y, sobre todo: ¿qué tiene que ver todo esto con los abuelos, con los tíos, con los bisabuelos? Como máximo, se realiza un historial médico para saber si hay «enfermedades hereditarias» o lo que se conoce como «predisposición a la enfermedad», como en el caso de tumores y cardiopatías. Y, como mucho, un psicólogo elabora un genosociograma, que es como se denomina generalmente al simple objetivo de encontrar cualquier información sobre el paciente de escasa o ninguna relevancia.

La teoría de los sistemas ha despejado definitivamente el campo de concepciones reduccionistas de este tipo: hoy se ve al ser vivo como un sistema complejo en el que cada elemento está relacionado con cualquier otro elemento dentro de una organización en constante diálogo-enfrentamiento con el entorno en el que se mueve y del que, a su vez, forma parte. Una compleja red de redes en intercomunicación constante que hace de cada individuo un biotipo (especie), un antropotipo

(sociedad), un genotipo (familia) y un fenotipo (especificidad individual) al mismo tiempo.

Limitarse a una sola de estas características significa reducir la complejidad de un individuo a un solo punto de vista; sería como decir «yo soy mi pierna» o «yo soy mi cerebro», o incluso «soy un animal» o «soy mi alma».

También la historia de la medicina, de la física y del propio psicoanálisis nos demuestra lo importantes que son las aperturas y los cambios de perspectiva.

A este respecto, el ejemplo del escotoma es significativo: se trata de una pérdida de visión provocada por una lesión occipital bien localizada. En la última posguerra, muchos de los exsoldados alcanzados por balas en el lóbulo occipital manifestaban en el plano sintomático una disfunción motora bastante significativa: pérdida de control de un brazo, de una pierna o de ambos. En otras palabras, objetivamente sufrían una pérdida de visión, pero no eran conscientes de ello, mientras que sí lo eran de su propia disfunción motora. Estos pacientes se curaban con terapias oftalmológicas orientadas a la completa recuperación de la vista; sin embargo, ninguno de ellos manifestaba ni una mínima señal de mejoría hasta que se los trataba con una rehabilitación motora centrada en el desplazamiento de la atención de indicios visuales (que ellos estaban convencidos de poseer íntegramente y en los que se basaban para curar las disfunciones motoras) a indicios posicionales proporcionados por sensores autoperceptivos de los músculos y de las articulaciones (que los pacientes poseían completamente incluso sin ser conscientes). La terapia sensorio-motora lograba, por lo tanto, curar la lesión occipital que provocaba la pérdida de visión; parece una contradicción, pero, en realidad, esto revela la forma en que un sistema está interconectado y hasta qué punto debe tenerse siempre en cuenta la terapia.

La relación sistémica entre individuo, familia y especie no solo está en los cimientos de cualquier síntoma manifestado por una persona, sino que se revela como absolutamente necesaria para explicar el conflicto de base que lleva a aquella manifestación biológica o psíquica que comúnmente se denomina enfermedad.

La experiencia biográfica personal es ciertamente un dato fundamental, pero no la más importante de todas las causas inconscientes que la han generado y de las que forma parte, incluso con toda su innegable especificación. Es más, se trata de causas biológicas —ya que pertenecemos a una especie—, de causas familiares —porque provenimos de una familia— y de causas socioculturales —debido a que formamos parte de un grupo social.

Estas causas determinan la experiencia individual, influenciándola y dirigiéndola hacia una u otra dirección. Por consiguiente, incluso los llamados «destinos individuales» no son única y exclusivamente privilegio de una persona, sino el resultado de la unión de todas las causas.

Es cierto que el individuo representa una novedad tanto a nivel familiar como a nivel biológico y social: es un «neonato», un portador potencial de novedades (de ahí el prefijo «neo»), y constituye, por lo tanto, una posibilidad evolutiva exclusiva, pero eso siempre se suma a la propia procedencia y a la propia estructura, que están ocultas, son inconscientes y a menudo inciden de forma determinante, más allá y casi en contra del plano consciente.

Comprender estos mecanismos y estas incidencias se ha convertido en algo muy necesario, tanto en el plano biológico como en el psicológico; esta necesidad constituye una gran parte de la argumentación de este libro.

Como ya he dicho, el estudio de la persona y de su procedencia en el plano psíquico se puede definir como «psicoanálisis

transgeneracional» o «psicogenealogía», y se trata, en esencia, de estudiar el árbol genealógico para mostrar y analizar los tipos de estructuración del individuo y de sus características en el transcurso de las generaciones, es decir, cómo una persona se «construye» a partir de las generaciones que la han precedido.

Y de la misma forma que no hay duda alguna de que el ser biológico es el resultado final de una evolución cuyo inicio se remonta al menos a hace tres mil millones y medio de años, se puede decir otro tanto del ser psíquico, que es el resultado final de la unión entre su especie y las formas particulares a través de las cuales esta ha garantizado su propia supervivencia, su propia reproducción y su propia evolución.

Estas formas se resumen concretamente en el cruce y en la relación entre hombre y mujer, que constituye, en otras palabras, la base de la vida para el ser humano en aquella institución social —sobre una base biológica y evolutiva— que es la familia.

La importancia estructural de la familia no es un hecho puramente psíquico o psicológico, sino sistemáticamente biológico; en efecto, nuestra especie es la que más padece de «neotenia» o «prolongación-mantenimiento de la novedad», y precisamente es esta característica la que configura una de las diferencias sustanciales entre el hombre y los demás primates.

Nuestros neonatos necesitan mucho tiempo para volverse autónomos: mientras que las crías de otros mamíferos logran desarrollarse completamente en el útero y cuando lo abandonan están preparadas para enfrentarse al mundo exterior, el humano nace sin estar formado por completo y totalmente indefenso. Comparados con otros animales, parecemos bebés prematuros.

La relación con los padres se vuelve, por lo tanto, algo absolutamente primordial y biológico, lo que determina también la relación psíquica; es sobre esto —el llamado «triángulo edípico»— sobre lo que se constituye, de hecho, toda la teoría psicoanalítica, evidentemente de forma deliberada.

Sin embargo, lo que siempre se olvida es que también los padres han estado condicionados y estructurados por el propio triángulo edípico con sus respectivos progenitores (los abuelos), estos, a su vez, por su propio triángulo edípico (los bisabuelos), estos por el suyo propio (los tatarabuelos), y así sucesivamente.

La cadena de transmisión psicológica es infinita y llega hasta los albores de la humanidad, siguiendo al mismo tiempo a la biológica. Del mismo modo que en esta última se asiste a repeticiones y a constantes que atraviesan la historia de generaciones, incluso en la necesaria diferenciación individual, también en la transmisión transgenealógica existen tales duplicaciones.

Si la especie se reproduce y evoluciona a través de biotipos masculinos y femeninos que engendran neonatos —que después serán adultos masculinos y femeninos que volverán a iniciar el ciclo—, también la psique se reproduce a través de genotipos paternos y maternos que engendran hijos —que después serán hombres y mujeres que se convertirán, a su vez, en padres y madres que volverán a comenzar el ciclo.

Si a nivel biológico el hombre y la mujer representan los biotipos de base, también lo son en el plano psíquico y genealógico, y se pueden incluir en una fórmula que resume ambos niveles: arquetipos primarios.

Los «arquetipos primarios» son lo masculino y lo femenino, el hombre y la mujer, el padre y la madre, el hijo y la hija. Por tanto, la explicación de una teoría de los arquetipos primarios constituye otra de las partes destacadas de este libro.

La psico-bio-genealogía basada en la teoría de los arquetipos primarios que aquí se representa poco o nada tiene que ver con el genosociograma, con la genealogía y la psicogenealogía tal y como se entienden normalmente, y con la Nueva Medicina en sentido estricto.

Este acercamiento tiene en cuenta, naturalmente, los logros y las aportaciones de la psicogenealogía y de la Nueva Medicina, y no solo los sirve al máximo, sino que los incluye dentro de un recorrido más sistemático e incluso más radical para ambos puntos de vista que, a menudo —aunque casi se debería decir siempre—, se excluyen mutuamente.

Por otro lado, resulta inevitable y fundamental para evitar las lagunas que me parece vislumbrar entre ambas dotar a la psicogenealogía de un enfoque biológico y a la Nueva Medicina de una perspectiva psicogenealógica para enseñar una teoría de los arquetipos primarios.

Mi enfoque tiene en cuenta todos los aspectos relevantes de la experiencia individual y la tipología específica de sus problemas, afrontados desde el doble punto de vista —precisamente— de la psicogenealogía y de la Nueva Medicina, aunque con la convicción de que el árbol genealógico está en la base de cualquier neurosis y obsesión, pero también de cualquier enfermedad que nos aflige. Hay que tener en cuenta que todos heredamos una impronta psíquica que nos pesa, además, como una losa que no somos conscientes de poseer, y precisamente de aquí surgen los conflictos que se traducen en enfermedades físicas o malestares psicológicos.

Esta reconducción de la historia de la familia en la base de cualquier manifestación individual pertenece, de hecho, a la psicogenealogía, pero solo desde el punto de vista estrictamente psicológico: en este campo no se habla de manera absoluta de biología, como si el ser humano estuviera hecho de pura psique y de puro espíritu y no de un cuerpo.

Por otro lado, la Nueva Medicina tampoco tiene en cuenta ni de lejos a la familia de procedencia, a menos que entre en contacto de cualquier forma con la experiencia biográfica del «paciente», el único ámbito en el que se originan, según su teoría, los conflictos psíquicos que activan esos «programas

especiales dotados de significado» llamados enfermedades. La «psique» de la Nueva Medicina no es la psique de la psicología y el psicoanálisis, ni viceversa. Para aquella la psique es innata al ser biológico y a la evolución del sistema nervioso y del encéfalo. Eso es absolutamente cierto de por sí, como también lo es, como afirma E. Morin en el volumen II de *El método*, que «si el espíritu es un producto del cerebro, el cerebro como tal es inevitablemente un producto del espíritu».

Tanto una como la otra son todavía víctimas de la misma especialización que han combatido desde el momento en el que siguen divididas al estar en compartimentos estancos. Se han convertido así en víctimas asertivas del mismo paradigma obsoleto que la teoría de los sistemas, así como la visión del ser vivo como un sistema autoorganizador basado en la interrelación y el diálogo entre opuestos y subsistemas integrados —y con el medio—, han superado ya definitivamente.

Por tanto, del doble eje de la psicogenealogía y la Nueva Medicina es de donde ha nacido casi de forma espontánea una teoría de los arquetipos primarios, es decir, la tipificación de lo masculino y lo femenino que se encuentra en cualquier familia y que se halla en la propia base de la vida. Esta tipificación define sustancialmente a cada persona: su patología o su desequilibrio determinan el nacimiento de conflictos que se encuentran en su propia biografía, aquellos conflictos que la Nueva Medicina ha llevado a un plano etiológico y diagnóstico.

El gran poder del inconsciente —que la Nueva Medicina llama «psique», incluso cuando no la identifica con él— reside en determinar los conflictos y el tipo de respuesta a estos conflictos, pero si el inconsciente es poderoso en el malestar, también puede serlo en el bienestar: además de la toma de conciencia, que representa ya de por sí el 70% de cualquier cura, el inconsciente necesita una nueva información para no volver

a repetir y radicalizar lo que ha aprendido en el transcurso de las generaciones precedentes y la evolución.

Esto es cierto tanto desde el punto de vista psíquico como desde el biológico: si, por ejemplo, un conflicto de pérdida de territorio se resuelve a nivel cardiocirculatorio, sobre el plano terapéutico hay una absoluta necesidad de que se tome conciencia, si se quiere evitar que la persona vuelva a incurrir en el mismo conflicto (reincida). Pero si este individuo reincide, no lo hace deliberadamente, sino más bien por razones «psíquicas» del todo involuntarias (inconsciente), que son las mismas que activan aquel «programa biológico especial dotado de significado» que se llama infarto de miocardio (ver el capítulo 1 de la segunda parte, «Nueva Medicina y teoría de los conflictos»).

Esta respuesta biológica tiene su origen en el repertorio de la especie (cerebro, sistema nervioso, inmunitario y endocrino), es decir, en la mejor respuesta que nuestra especie le ha dado al problema de la pérdida de territorio en el transcurso del proceso evolutivo de adaptación al entorno. Constituye precisamente un programa biológico especial razonable, que se activa para resolver un problema de otra forma irresoluble que correría el riesgo de disolver la autorreferencialidad y la identidad compleja de una persona.

Según la Nueva Medicina, la toma de conciencia del conflicto de territorio en el que se incurre debe evitar cualquier tipo de recaída en el mismo conflicto —y, por lo tanto, proteger de posibles futuros infartos de miocardio—, pero, por desgracia, a menudo esto no sucede. Y no solo eso: asistimos con frecuencia a una complicación del cuadro clínico en estrecha conexión con la cardiocirculación: arterioesclerosis, coronopatías, trombosis, embolias, aneurismas, inflamaciones valvulares, arritmias, insuficiencias cardíacas, hipertensión, etc.

Es evidente que el conflicto psíquico de pertenencia que se resuelve en el plano biológico según la tríada «psique-cerebro-

órgano» de la Nueva Medicina no se reduce a su mera caracterización: ¿por qué una persona va al encuentro de un conflicto de territorio y otra en cambio lo evita? Y, en segundo lugar, y sobre todo: ¿por qué muchas veces el problema no se resuelve, a pesar de ser conscientes del conflicto, y en cambio se reincide?

Evidentemente, el conflicto de pérdida de territorio no es más que el conductor de un conflicto más radical y ancestral, más determinante y arquetípico.

La tesis de fondo de la psico-bio-genealogía basada en los arquetipos primarios es que los conflictos sobre los que se fundamenta la Nueva Medicina —todos exclusivamente biográficos— no son más que conductores de un conflicto constitutivo primario que corresponde a una patología de los arquetipos primarios (la línea masculina y femenina de la que se proviene) y que se encuentra en el árbol genealógico.

El conflicto de pérdida de territorio que provoca la solución biológica del infarto de miocardio, típicamente masculino también para la Nueva Medicina, sucede única y exclusivamente a causa de un debilitamiento del arquetipo primario masculino en la familia de origen, verificable, al menos, en las tres generaciones precedentes a partir de la actual. Es solamente de esta debilidad o patología primaria de la que se origina el conflicto de pérdida de territorio que se resuelve con un infarto de miocardio: no se pierde el territorio sin patología del arquetipo primario masculino, que podemos encontrar directamente en el árbol genealógico de procedencia —este representa, por lo tanto, el conflicto primario y corresponde a la verdadera etiología del infarto de miocardio, del que el conflicto de pérdida de territorio no es sino una de las vías secundarias sobre las que discurre el conflicto primario.

Esto no solo es importante desde el punto de vista etiológico, sino sobre todo en el plano terapéutico: si en nuestra biografía incurrimos en un conflicto de pérdida de territorio y, por

lo tanto, en un infarto de miocardio, no resolvemos el conflicto tomando conciencia de nuestra pérdida de territorio, sino de la patología primaria del macho dentro de nuestra familia, el verdadero motivo que nos ha llevado a incurrir precisamente en aquel tipo de conflicto: la debilidad congénita que hemos heredado y de la que somos portadores inconscientes.

Pero hay más: la toma de conciencia del conflicto representa de por sí ya el 70% de la «cura», incluso en la terapia de la Nueva Medicina; por lo tanto, si se trata de procesos inconscientes, hay una necesidad absoluta de proporcionarle —al inconsciente— una nueva información para que no se vuelva a repetir y a radicalizar lo que se ha aprendido en el transcurso de las generaciones precedentes y de nuestra propia biografía (aquello que nos ha llevado al conflicto y a su solución biológica).

Es precisamente aquí donde interviene el «acto paradójico» —según la definición de M. Erickson—, la «terrible experiencia», según J. Haley, el «acto psicomágico», —como lo denomina A. Jodorowsky—, como acto resolutivo, un acto al que yo llamo «poético» pero que en sustancia es el mismo para todos: una acción práctica —la mayoría de las veces cargada también de un fuerte valor simbólico—, porque el lenguaje del «actuar» es el único que el inconsciente comprende. Tras la toma de conciencia, el paso al acto es fundamental, y va de la mano de ella: en términos fisiológicos, la toma de conciencia actúa sobre el sistema nervioso voluntario, mientras que el acto interviene sobre el sistema nervioso neurovegetativo. Es decir, la primera actúa sobre la neopsique, mientras que el segundo lo hace sobre la psique arcaica.

Es, por lo tanto, el paso a la acción simbólica, «psicomágica» o «poética», lo que vuelve a equilibrar los arquetipos primarios en el plano del inconsciente, que representa el puerto más difícil de alcanzar a nivel terapéutico. Se trata de una acción

que restablece un equilibrio, crea una nueva información y nos conduce hacia nuestro único y verdadero camino, sin incurrir más en la repetición ni en la reincidencia.

También se tratará sobre esto en la parte final del libro, donde se expondrá un ejemplo concreto de árbol psico-bio-genealógico, su análisis detallado y las soluciones prácticas adoptadas (actos), así como los informes que algunas personas me han enviado en relación con el trabajo desarrollado y la consecución de los actos prescritos.

Antes de esta parte —y para introducirla apropiadamente— me ha parecido, sin embargo, útil y necesario echar un vistazo a la ordalía de Haley, al acto paradójico de Erickson o al acto psicomágico de Jodorowsky, que intenta encontrar también características comunes y una «ley» de base capaz de aislar los requisitos fundamentales de un acto terapéutico. Asimismo me ha parecido muy necesaria una disertación sobre el pensamiento analógico, con el fin de explicar las referencias culturales en las que se fundamenta cualquier acto terapéutico.

Toda esta larga introducción corresponde, a grandes rasgos, al contenido teórico de las prácticas que dirijo desde hace ya muchos años para un grupo de unas diez personas. De hecho, el primer día de cada práctica está dedicado exclusivamente a la exposición de esta temática, según los distintos, y para mí interrelacionados, ámbitos de competencia (Nueva Medicina, psicogenealogía, teoría de los sistemas, pragmática comunicacional y acto terapéutico). Todo esto también es, obviamente, el resultado final de mi trayectoria en estos ámbitos, iniciada en su tiempo con la experiencia del Cuarto Camino de Gurdjieff y desarrollada a continuación a través del psicoanálisis, la psicogenealogía y la Nueva Medicina.

Además, de forma paralela —y diría como actividad principal—, siempre me he ocupado del arte, especialmente de la poesía, la literatura y el teatro, tanto en el plano histórico-

teórico como en el práctico (he dirigido y creado obras de teatro, ciclos y festivales; he escrito y continúo escribiendo poesía, relatos y ensayos; he fundado y participado en revistas literarias, colecciones de poesía y literatura, librerías y editoriales, y he proyectado y dirigido certámenes poéticos).

He desarrollado también, al mismo tiempo, un enorme interés por la mitología cultural (especialmente por el *Génesis* bíblico) y, en general, por lo que se puede definir de forma compleja como «pensamiento analógico»; al mismo tiempo, el tarot es algo que «llevo en la sangre», por así decirlo, gracias a mi abuela paterna. Eso no me ha impedido ni me impide actualmente ocuparme de la epistemología, sino que más bien me ha ayudado y estimulado a hacerlo, sobre todo de aquella gran revolución que ha supuesto la teoría de los sistemas en todos los campos del saber, acercándonos a una redefinición del concepto de realidad y a la relativización desde el punto de vista incluso de las ciencias «exactas».

Mi encuentro con Alejandro Jodorowsky no fue, por lo tanto, casual, porque se trata de un artista consagrado que es, al mismo tiempo y a todos los efectos, el inventor de un nuevo enfoque terapéutico que une las dos trayectorias: la artística y la psicológica. Ambos atravesamos los dos ámbitos (arte y terapia) en muchísimas ocasiones, intercambiando opiniones, adquisiciones y conocimientos, trabajando juntos, compartiendo tanto el arte como la terapia, en una colaboración que aún continúa y que nos condujo hace ya algunos años hacia una verdadera amistad, algo que no disminuye, sino que más bien acen-túa, nuestra diversidad, si no en cuanto al enfoque, al menos sí en lo relativo al método.

Debo reconocer aquí, sin embargo, la enorme deuda que tengo con él —y que estoy convencido de haber pagado única y exclusivamente elaborando mi propia trayectoria—, porque fue Alejandro quien me introdujo en la psicogenealogía y el acto

psicomágico, que estudié, elaboré y desarrollé de forma autónoma con posterioridad para llegar a otros derroteros, algo que no habría sido posible sin esa aportación inicial de aquel a quien seguramente se lo debo todo.

En segundo lugar, le debo a Alejandro la enorme experiencia que me ha transmitido y hecho vivir directamente, sin la que, sin duda alguna, no me habría formado tan rápido y con tanta profundidad, y sin la cual quizás nunca habría iniciado mi recorrido en este terreno. Hacer de ayudante y de traductor en sus prácticas (estamos hablando de finales de los noventa), a menudo con miles de personas a la vez, no significaba ser ayudante y traductor sin más (algo que aún sigue sucediendo en cualquier acontecimiento público en el que coincidamos): debía compartir con él una especie de autohipnosis terapéutica para toda persona que le consultaba, donde el yo no existe si no es al servicio del otro (y yo entonces tenía tres: Jodorowsky, yo mismo y la persona que le consultaba); había de compartir la energía creativa que originaba el acto psicomágico y la lenta y progresiva desaparición de las defensas del otro; tenía que deslizarme y abandonarme por completo —sin perder jamás de vista mi papel— a la dimensión creativa y artística propia del inconsciente, de la que solo puede emerger la entrega a una orda-lía, a un acto liberador y reparador; debía amar profundamente al otro, a la persona que estaba enfrente.

Por otro lado, creo que Alejandro había encontrado un terreno muy fértil en mi propensión al arte y a la poesía de la vida (mejor que al arte y a la poesía en sentido estricto), y que precisamente por eso aún hoy, después de muchos años, continuamos colaborando, incluso teniendo trayectorias a veces separadas (la medicina y la epistemología, por ejemplo, no entran en absoluto dentro de sus campos de acción, igual que el psicoanálisis transgeneracional como disciplina y materia específica). Originariamente, sin embargo, el estudio del árbol

genealógico que llevaba a cabo no incluía, sino de una forma inconsistente y superficial, las manifestaciones biológicas tanto del individuo como de los individuos que formaban parte de un árbol genealógico. Las enfermedades solo se trataban al estudiar muertes precoces o prematuras y, aun en ese caso, no se evaluaban como señales reveladoras y significativas de algún secreto o problema de familia.

Lo único que se tenían en cuenta eran las manifestaciones sensibles de malestares psíquicos relacionados de algún modo con la línea masculina o femenina: tartamudeo, dislexia, fracturas o lesiones en el lado izquierdo o en el derecho del cuerpo (que se interpretaban como femenino o masculino), pies planos, tendencia a caminar balanceándose, miopía... Todo esto nos servía tanto a mí como a las personas a las que veía para comprender las causas de cierto tipo de malestar psicológico, de determinada tendencia a repetir los esquemas y los comportamientos de los que esa persona no lograba salir, siendo motivada incluso a hacerlo en el plano consciente. Para mí, se trataba de ayudarla a encontrar el significado de su propio potencial y de sus propias posibilidades, sacándola de los mecanismos de identificación familiares, de los sentimientos de culpa y de las prohibiciones que los progenitores inevitablemente imprimen en su interior.

Aunque es cierto que los primeros arquetipos de amor son el padre y la madre, también lo es que estos siempre nos piden que seamos de cierta forma, que no seamos nosotros mismos desde el comienzo de nuestra aventura en el mundo, sencillamente porque ellos, a su vez, también han sido hijos y han pasado por la misma experiencia. El amor que sentimos hacia ellos y el esfuerzo que realizamos para que nos amen hacen que cedamos a estas peticiones y que comencemos a reprimir nuestra verdadera identidad, nuestro ser interior, desde pequeños, incluso desde dentro del vientre materno: «Todos somos niños

de los que se ha abusado», afirma Alejandro, queriendo decir con esto que no se nos ha permitido expresarnos libremente desde la infancia.

La transmisión generacional del inconsciente familiar y las relaciones parentales me permitieron centrarme en las causas primarias de un malestar psicológico y de algunas coacciones que se repiten, relacionándolo con el hombre y la mujer, en un intento de dar soluciones a la persona que me consultaba. Solo el hecho de llevar a nivel consciente un determinado mecanismo y una cierta patología de la línea masculina o femenina de procedencia constituía en sí si no el 60, al menos sí el 50% de la posibilidad de salir de los propios problemas.

En aquella época aún no se había relacionado esta patología (la falta de equilibrio de la línea masculina o femenina) con las manifestaciones biológicas, ni aislado el proceso de estructuración y de transmisión del fantasma transgeneracional, y menos aún anclado definitivamente su origen último a Eros y Tánatos, como se hace actualmente. En cualquier caso, ya se poseían algunas intuiciones precisas y, por lo tanto, la relación existía en cierto modo, pero solo cuando conocí el trabajo de Didier Dumas y de Françoise Dolto sobre niños autistas y psicóticos—paralelamente al de Ivan Boszormenyi-Nagy sobre los lazos y la lealtad familiares invisibles y al de Nicolas Abraham y Maria Török sobre el fantasma transgeneracional— comencé a elaborar una teoría estructurada de la «patología de los arquetipos primarios». La larga experiencia que tuve con Alejandro Jodorowsky me proporcionó además, como ya he manifestado, la posibilidad de verificar y estudiar una cantidad considerable de casos y de árboles genealógicos, comparándolos de vez en cuando con lo que, de momento, para mí no eran más que puras conjeturas e hipótesis.

Se dice que la estadística crea una ley, si no absoluta, al menos con una alta probabilidad: de algún modo creo haber

practicado precisamente este método antes de estructurar con precisión lo que he madurado, también porque ciertas intuiciones parecían, por aquel entonces, paradójicas o, como poco, extremas, incluso para mí. El descubrimiento de la Nueva Medicina de R. G. Hamer y el largo estudio de las relaciones aisladas entre biología y psique, el fundamento etiológico y no meramente sintomatológico de toda manifestación física y mental, su teoría de los conflictos que activan programas biológicos especiales dotados de significado (las enfermedades), su estudio del sistema nervioso y del cerebro, la reconducción a un sentido completo a la embriología, su relación con la teoría de la evolución, todo esto constituyó para mí una verdadera revelación que me pareció que se integraba perfectamente en la teoría de los arquetipos primarios que estaba elaborando cuando lo descubrí.

Toda teoría y todo método se enfrentan a otras teorías y a otros métodos, superponiéndose para verificar un supuesto en el plano no tanto de la verdad objetiva intrínseca, sino más bien en aquel de su utilidad («Si algo es útil, es cierto», decía Buda). Desde otro punto de vista, creo que no se estudia y que no nos apasiona un tema por casualidad, y que todo estudio y toda cuestión siguen impresos y encuentran su validez solo cuando hay una especie de itinerario preciso dentro del cual cada materia, cada recorrido, encuentra su lugar, y por lo tanto su utilidad precisa.

En mi caso, desde muy joven, la motivación de fondo siempre ha coexistido con el objetivo de fondo: por decirlo como André Breton, mi objetivo y mi motivación siempre han sido el anhelo de un mundo mejor, de la misma forma que Breton habría querido que fuera el legado del surrealismo. La psicogenealogía, la poesía, la Nueva Medicina, el arte, el teatro, la psicomagia, el tarot, la ciencia y la epistemología, la antropología, el pensamiento analógico... todo está escrito dentro

de este «anhelo de un mundo mejor» y ha encontrado aquí su lugar y su utilidad intrínseca, hasta completar una integración práctica y teórica donde ninguna de estas características es ya la misma, porque, como siempre sucede con un deseo omnicomprendivo, por cada elemento de un sistema, todas han sido reelaboradas e incluidas dentro de un «todo que supera la suma de las partes». Por tanto, aquí es donde se origina y donde se configura la psicogenealogía, en la forma particular de una «teoría de los arquetipos primarios» que he intentado resumir en este libro.

La primera parte de este libro refleja la constatación de un cambio general desde el punto de vista respecto al ser y a la realidad que, si en el campo científico constituye un hecho adquirido e indiscutible, encuentra actualmente, por el contrario, enormes dificultades para entrar en la vida cotidiana de las personas y, sobre todo, en las llamadas «ciencias humanas». Dentro de esta parte se examina también la base principal de la psico-bio-genealogía y de la teoría de los arquetipos primarios como salto de paradigma, dando explicaciones incluso, siempre desde esta perspectiva, sobre las principales aportaciones de la psicogenealogía y de la Nueva Medicina, en un intento también de hallar las diferencias y las distancias.

La segunda parte se centra más en detallar cómo han sido propuestas y explicadas la psicogenealogía y la Nueva Medicina hasta hoy a través de una sencilla exposición de su historia, sus fundamentos, sus descubrimientos y las principales figuras de referencia. En esta parte –sobre todo en lo referente a la psicogenealogía– he utilizado también ejemplos concretos para aclarar mejor los conceptos básicos y las constantes transgeneracionales.

La tercera parte es una nueva explicación de la teoría de los arquetipos primarios y de la psico-bio-genealogía abordada en la primera parte, desarrollada, naturalmente, a la luz de las

incidencias más significativas de la segunda parte. Para integrarla y ejemplificarla, me ha parecido útil y necesario incluir una explicación sobre el tipo de trabajo y de esquema terapéutico que utilizo, intentando definir las fases y sus contenidos. Esta sección constituye una especie de representación concreta de una sesión psico-bio-genealógica, incluso desde un punto de vista abstracto-teórico, es decir, intentando explicar las diferentes etapas del recorrido que propongo, casi poniendo en evidencia el «método».

La cuarta parte introduce el principio que se encuentra en la base del acto poético o psicomágico como solución concreta a la problemática transgeneracional y sintomatológica. En este contexto se propone un reconocimiento de la ordalía de Haley, del acto paradójico o la «prescripción del síntoma» de Erickson y del acto psicomágico de Jodorowsky. Para comprender el origen y el contexto del acto terapéutico, me ha parecido útil proponer inmediatamente después un reconocimiento del «pensamiento analógico» y de las diferencias con el digital, apuntando, sobre todo, a la anulación del dualismo sobre el que se fundamenta este último. Esto ha originado un pequeño excursus final sobre la poesía, que constituye, en mi opinión, uno de los actos más «redentores» y fundamentales que podemos asumir hoy en día.

La quinta parte presenta un caso concreto, planteado, analizado y resuelto exactamente como en una sesión terapéutica, basado en una experiencia concreta que tuve que afrontar en una de mis actividades laborales. El caso en cuestión hace referencia también a los informes que el paciente me envió en relación con los actos que había llevado a cabo (los únicos datos omitidos, por razones obvias, son las referencias directas a cualquier posible identificación personal). Se trata de un árbol genealógico escogido deliberadamente por lo emblemático y por su generalización: problemas menstruales y hormonales

(amenorrea, ciclo menstrual inducido e irregular, endometriosis), relaciones problemáticas con su pareja en particular y con los hombres en general, incapacidad-imposibilidad de tener hijos, depresión, inestabilidad emocional, apendicitis, amigdalitis y miopía.

A continuación he incluido los informes que algunas personas me remitieron después del trabajo de psico-bio-genealogía que realizamos juntos y la ejecución de los actos que les prescribí, con el objetivo de ilustrar mejor el tipo de proceso que este trabajo ocasiona y los resultados a los que llega, en sus propias palabras (y no solo las mías). A pesar de que los correos electrónicos están precedidos por una breve explicación mía del «caso», necesaria para comprender el significado de los actos de los que se habla, he preferido dejar que ellas describan personalmente todo su proceso y los resultados que han obtenido.

Para concluir el libro, he creído oportuno añadir una bibliografía de referencia que, obviamente, no es exhaustiva, pero que constituye un buen modo de profundizar en cada uno de los temas tratados.

Para finalizar esta introducción, quisiera realizar una última aclaración y con ella un último agradecimiento.

La psico-bio-genealogía puede verse como la búsqueda del «fantasma» o de los «fantasmas» que pasan de una generación a otra sin solución de continuidad. Es la historia de los lazos de sangre que existen en cada uno de nosotros y de hasta qué punto esta sangre incide en nuestra vida, de cómo este vínculo nunca muere, sino que más bien continúa transmitiéndose y reproduciéndose incesantemente.

Poco importa si un individuo muere: su sangre se perpetúa en sus hijos, en sus nietos, en sus bisnietos; es eterno y precisamente por eso representa el sentido de la vida, tanto en el plano abstracto como en el concreto —de hecho, sin sangre no hay vida.

Solo por este motivo –aparte de otros– tiene sentido asegurar que los lazos de sangre determinan en gran parte la salud, la salud de la sangre, como me gusta decir al referirme a las llamadas «enfermedades hematológicas».

Esto no significa únicamente que la familia tenga una importancia determinante para la salud del individuo –mucho más de la que se cree–, sino que precisamente es en los lazos de sangre, en la familia, donde reside el misterio de la eternidad y del árbol de la vida que se nos negó metafóricamente en el Edén del mito creacional judeocristiano en el que todos –queramos o no– estamos inmersos.

Debo admitir –hablando de sangre– que a ciertos niveles me siento realmente un «vampiro», porque me he nutrido de todas las personas con las que me he encontrado y de sus historias, de los lazos de sangre que he tenido la suerte de escuchar y de interpretar. Desde cierto punto de vista, por lo tanto, este libro es el relato de un «príncipe de la noche» (y de hecho ha sido escrito en su mayor parte de noche, tengo que confesarlo) que indaga en los motivos de la eternidad, en el misterio de la sangre y de sus lazos.

Probablemente esto, más allá de los aspectos técnicos y teóricos, es lo que constituye su verdadero motor y quizás también su verdadero anhelo de fondo.



Primera parte

UN NUEVO PARADIGMA

El ejemplo más claro de la inercia de la mente humana y su resistencia a la innovación no era, como cabría esperar, la masa ignorante —que se deja llevar fácilmente una vez que se ha capturado su imaginación—, sino un grupo de profesionales con intereses creados en lo que se refiere a la tradición y el monopolio de la enseñanza. La innovación es una doble amenaza para las mediocridades académicas: pone en peligro su autoridad como oráculos y despierta el temor profundo de que todo su edificio intelectual, tan laboriosamente construido, pueda derrumbarse.

ARTHUR KOESTLER, *Los sonámbulos*

Capítulo 1

DEFINIR LA REALIDAD, DEFINIR LA VIDA: LA COMPLEJIDAD IRREDUCIBLE DEL SER VIVO

Los logros de la ciencia contemporánea muestran que el paradigma según el cual la realidad –física, biológica, química, etc.– es un dato en sí, susceptible de ser conocido, ha desaparecido definitivamente. Existía una teoría del conocimiento que aseguraba que cuantos más nuevos instrumentos de investigación elaborara el hombre, más conocida resultaba la realidad, en el ámbito de un proceso que mostraba el camino para dominar definitivamente esa realidad como una acumulación progresiva de nociones y de saberes. En otras palabras, el hombre habría llegado finalmente, en cualquier caso, a la comprensión del universo, de la realidad, de la existencia y de la vida, porque todo esto no sería más que un «en sí» autónomo, un objeto que, como tal, es posible aprehenderlo.

Sin embargo, sucede exactamente lo contrario: cuanto más nos hemos dedicado a investigar el macrocosmos y el microcosmos —cuanto más hemos afinado las técnicas y los medios de investigación—, más compleja se ha vuelto la realidad, en lugar de simplificarse. Desde el átomo griego (la palabra «átomo» significa «intangible, indivisible»), que parecía el último grado en la escala infinitesimal de la materia, hemos llegado a descubrir su composición en *núcleo* y *electrones*; posteriormente, hemos visto la estructura de *protones* y *neutrones*; a partir de ahí, pasamos a los *quark* y, a continuación, a los llamados *up* y *down*, convencidos de haber alcanzado finalmente el componente último de la materia.

Parecía que se había acabado, pero a mediados de los años cincuenta del siglo xx, Reines y Cowan descubrieron el *neutrino*, y aún no se sabe exactamente qué es ni para qué sirve el *muón* que le valió a Isidor Isaac Rabi el Premio Nobel (se trata de una partícula idéntica al electrón, pero con una masa doscientas veces mayor).

Mientras tanto, se descubrieron otros cuatro quarks: el *charm*, el *strange*, el *top* y el *bottom*, así como otro peso pesado, primo del electrón, llamado *tau*, junto con otras dos partículas similares al neutrino que se llamaron *neutrino muónico* y *neutrino tau*.

Y aquí no acaba la cosa: todas estas partículas tienen sus correspondientes antipartículas, es decir, sus compañeras de masa idéntica pero de carga opuesta.

Después están las fuerzas que rigen la materia, basadas en *fotones* en el caso de la fuerza electromagnética, en *bosones de gauges* y *gluones* en el caso de la fuerza nuclear y en *gravitones* (cuya existencia está aceptada pero no demostrada experimentalmente) en el caso de la fuerza gravitacional. Por otro lado, la existencia de núcleos estables que componen los centenares de elementos de la tabla periódica depende de una forma muy delicada de la relación existente entre la intensidad de la

fuerza fuerte y la de la electromagnética: los protones impactan en el núcleo con una carga eléctrica positiva y se repelen, pero la fuerza fuerte que actúa entre sus quarks vence la repulsión y los une estrechamente. Si los electrones fueran un poco más pesados, además, se combinarían con los protones, para formar neutrones, englobando los núcleos de hidrógeno (el elemento más simple del universo, con un núcleo compuesto por un solo protón), y eso impediría la producción de átomos más complejos. En un contexto similar tampoco se formarían las estrellas porque se alimentan gracias a la fusión de núcleos estables. Y, entretanto, en el cielo, implacablemente, encuentra su aplicación la teoría de la relatividad general de Einstein, que se enfrenta claramente con la física cuántica del microcosmos.

La teoría de cuerdas busca una respuesta a estos procesos, relaciones y calidad de la materia y parece hallarla en la llamada «pluralidad de universos».

Lo que parece ciencia ficción a simple vista es en realidad un concepto que la teoría de los sistemas ya había codificado desde los años cincuenta: no hay conocimiento sin sujeto, no existe objeto de conocimiento sin el acto de conocer, no se produce el acto de conocer sin un sujeto. Este sencillo enunciado parece inocuo, pero ha agitado los cimientos de todo el universo conocido y por conocer: la realidad solo se puede definir en términos de sistema, y un sistema presupone siempre un observador. En otras palabras, no existe realidad en sentido estricto si no hay algún objeto; se trata única y exclusivamente de la relación entre aquel que observa y lo que se observa, y tanto el uno como el otro únicamente pueden definirse sobre la base de esta relación y no por sí mismos, por separado.

La ciencia y la epistemología contemporáneas, así como la sociología del conocimiento, ya se han puesto de acuerdo a la hora de reconocer que la realidad no es un dato de naturaleza fija e inmutable, sino que depende de los instrumentos de

conocimiento que el hombre tenga en ese momento a su disposición para explicarla.

Cada civilización y época histórica ha tenido una concepción de la realidad y ha creído que esa era la única, verdadera y definitiva realidad que nos rodea y a la que pertenecemos, fija de una vez por todas y válida para cualquiera y en cualquier época.

Antes se creía que el Sol giraba en torno a la Tierra y que esta constituía el centro del universo, que era plana y no redonda. Colón tuvo que partir en dirección a las Indias con una tripulación de locos, y él mismo fue considerado uno de ellos: la realidad de Ptolomeo era la base sobre la que se erigía la visión del mundo de entonces y cualquier acción, pensamiento o palabra derivaban de ese paradigma. En otras palabras, el hecho de que la Tierra fuera plana y el centro del universo era una realidad compartida a nivel complejo, general, en la que se vivía, la que se enseñaba, con la que se relacionaba cualquier pensamiento, acción o explicación posible.

Aunque eso no impidió a Colón partir, todos sabemos que se necesitaron enormes esfuerzos —al son de las excomuniones y las persecuciones inquisitoriales, entre las cuales la más famosa fue la de Galileo— para conseguir que se aceptara aquella realidad que todos nosotros, actualmente, consideramos obvia e incluso banal: la Tierra gira en torno al Sol junto con el resto de los planetas y no es el centro del universo, sino más bien un grano infinitesimal de un sistema planetario, a su vez minúsculo, que forma parte de una galaxia que interactúa con otras innumerables galaxias en la inmensidad del cosmos.

Sin embargo, incluso esta realidad tan obvia y consolidada para nosotros no es del todo cierta: solo hay que asomarse a cualquier texto divulgativo de física contemporánea para que esta certeza se tambalee de repente, porque la física de las partículas y de los *quantums* reduce al 20% nuestro conocimiento de la realidad, de lo que efectivamente existe más allá de nosotros

y quizás incluso en nuestro interior. La realidad —aquello que llamamos «realidad», formada por datos ciertos, fijos, rígidos, inmutables— no es tal ni para la reina de las ciencias ni para ninguna otra: es mucho mayor lo que no sabemos que lo que sabemos, y además lo poco que sabemos no es absolutamente cierto.

Desde el principio de indeterminación de Heisenberg hasta el teorema de la indecibilidad de Göddel, pasando por la genética y la astrofísica, la realidad ya no es tal: está sujeta a variaciones, a indecisiones, a indecibilidades.

En biología, *El azar y la necesidad*, de Jacques Monod, así como la nueva termodinámica de Ilya Prigogine referente al principio de la entropía, produjeron hace varias décadas un colapso sistemático de las certezas. La teoría de los sistemas y la novedad fundamental del principio de autoorganización de los seres vivos —que ha afectado a todos los campos del saber— radican en una concepción del hombre y de la realidad basada en leyes fijas, en datos definitivamente perceptibles, en una visión del mundo por así decirlo «newtoniano-cartesiana».

El gran descubrimiento contemporáneo es la definición del dato de la realidad como resultado de una relación entre observador y «quantum físico-biológico» observado: no existe ninguna realidad definible y, por lo tanto, no existe ninguna realidad en sentido absoluto, sino en la interacción entre nosotros y lo que hay más allá de nosotros, que sigue siendo —al menos por ahora— desconocido.

El estudio de la relación es el estudio de los sistemas autoorganizativos, que parecen operar precisamente por la abolición de la dualidad sobre la que hemos estructurado hasta hoy tanto el saber como la visión del hombre y del mundo. Feo y bello, verdadero y falso, vida y muerte, orden y desorden, información y rumor, en pocas palabras todas las antítesis sobre las que se erigen el pensamiento y la ciencia clásica se han

derrumbado, para configurarse como elementos que interactúan entre ellos y que se organizan juntos en el «ser vivo». La vida se basa en la muerte, y viceversa, así como el orden se basa en el desorden, y viceversa.

También las teorías de la evolución han reinterpretado la historia y los sistemas evolutivos desde este punto de vista, y en sentido general, se puede decir hoy en día que una de las preocupaciones más antiguas de la humanidad —la paradoja de la vida, la contradicción entre cuerpo y espíritu, entre vida y muerte— ha encontrado respuesta precisamente en la epistemología contemporánea. Uno de los principales filósofos de la ciencia, Edgar Morin, escribió:

De la misma forma que no podemos considerar el espíritu como un huésped de las neuronas en su nido cerebral, tampoco podemos considerar la pequeña masa suave del cerebro como un *deus ex machina* que produce el espíritu (si el espíritu es un producto del cerebro, el cerebro tal y como se concibe es inevitablemente un producto del espíritu). No existe ningún ser vivo sin animación computada o *animus* y, por lo tanto, sin psique ni espíritu. Del mismo modo, no existe *animus* —psique, espíritu— más allá del cuerpo, que domine al cuerpo, que mande sobre él. Lo que surge sin cesar incluso a un ojo no experto es, simultánea e inseparablemente, la estabilidad del cuerpo y, al mismo tiempo, la animación computada del ser vivo.¹

En este recorrido cognitivo asumen una importancia determinante los procesos creativos y virtuosos que adoptan los sistemas para adaptarse mejor al entorno y para interactuar con lo que para ellos constituye el «desorden».

De la misma forma que existe la superación de los polos opuestos en cualquier ámbito para sustituirlos por el diálogo y

1. E. Morin, *El método*, vol. II.

la relación, es precisamente de la aparente paradoja de la simultaneidad necesaria de los opuestos de donde nace la increíble aparición de la vida, su creatividad y su dinámica morfogénica y heurística.

Es de la paradoja de donde nace la vida y su infinita diferencia, y la paradoja surge justamente del diálogo entre los contrarios: masculino y femenino, hombre y mujer, padre y madre, pero también cuerpo y espíritu, materia y alma, biología y psique, realidad e imaginación.

